

Rui Díaz

El cuento del espejo

XXXVIII PREMIO DE NARRACIÓN CORTA FELIPE TRIGO

f)L Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta narración corta fue galardonada con el XXXVIII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Benjamín Prado, Isabel Rivera Manzano, Carolina Rubio Alonso, Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, Juan Ramón Santos, Juan Carlos Vázquez e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: noviembre, 2019

© Rui Díaz, 2019

© Fundación José Manuel Lara, 2019

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1776-2019

ISBN: 978-84-17453-37-4

Printed in Spain-Impreso en España

Para los poetas, los cuentistas, los narradores,
los músicos, los actores, los cantantes... Gracias
por mentir.

No es tarea fácil dirigir a los hombres; empujarlos,
en cambio, es muy sencillo.

RABINDRANATH TAGORE

Cuando llegó el día de la fiesta, los tejedores le trajeron al rey la tela cortada y cosida, haciéndole creer que lo vestían y le alisaban los pliegues. Al terminar, el rey pensó que ya estaba vestido, sin atreverse a decir que él no veía la tela.

–¿Señor?

La voz rebota por las mesas y sillas de oficina, se mete por dentro de los ordenadores y se lanza por lianas de cables mal enrollados.

–Señor, un segundo, por favor.

Se detiene entre tazas de café mal apiladas y levanta el vuelo sobre bandejas de papel hasta llegar por fin a su destino.

–Sí, dime. Perdona.

Aarón contesta con el aplomo de un boxeador retirado. Mira a su secretaria con un palpitante nervio, como si hubiese activado todas sus alertas después de haber sido sorprendido con la guardia baja.

–Está aquí esperando...

–El becario, ¿no? –se apresura a contestar.

–Sí, soy...

–Sí, sí, sí... –Aarón interrumpe abruptamente al becario, al que mira por primera vez, de arriba abajo, estudiándolo, antes de dirigirse nuevamente a su secretaria-. Gracias, Cristina.

La luz es brillante, artificial, como la de un invernadero; sin embargo, todo lo que alumbra parece muerto. Se diría que los pasillos están hechos de un pasado congelado, como el de los museos que recrean antiguos guetos, con la historia y la violencia pegadas en las paredes, oxidándose como nunca lo hace la felicidad.

–Te estaba esperando –asegura Aarón mientras observa cómo su secretaria da media vuelta y se adentra en los pasillos igual que lo haría un tren en un túnel a medianoche–, aunque un poco a mi pesar.

Aarón sonríe con cierta condescendencia. El becario no puede más que sentirse extraño y fuera de lugar. Sus veinticuatro años le llegan tarde para comerse el mundo con la seguridad de un adolescente. Viste prendas que cree que le imprimen edad, pero no la suficiente como para convertirse en una mentira. Lleva unos vaqueros clásicos, aunque de pernera estrecha, y unas deportivas con poco uso, el justo para haber perdido la pureza del escaparate. Una americana sobre la camiseta negra de una serie de televisión terminan de mostrar sus credenciales al mundo.

–Creía que llegarías más tarde –continúa Aarón–, bastante más tarde, de hecho... Eso me dijo tu tío.

–¿Mi tío? –pregunta con sorpresa.

–Sí, claro. Me ha llamado antes –y por si con esa explicación no fuera suficiente, matiza–: Unas cuantas veces, además.

–No sé...

–Nada, déjalo –quitándole importancia, con cierto aire de jugador que sabe que va a ganar la partida–. Empecemos con este rollo.

Aarón posa la palma de la mano en la espalda del becario y lo empuja levemente a seguir en dirección a las oficinas, que se abren al final del pasillo como la boca de una atracción de feria.

–Vamos a dar una vuelta y luego ya te mando alguna cosa para que puedas entretenerte.

Es alto y delgado, pero parece que su cabeza no pesa. Tiene el pelo lleno de canas y se afeita a diario, sabiendo que así marca su agudo mentón, inquisidor como el hocico de un

perro policía. Viste con una camisa de seda de color violeta oscuro, recogida en el pantalón y ceñida por unos tirantes. Los pantalones, negros, se ven distinguidos y caros, pero no tanto como los zapatos, que siguen manteniendo el lustre que hace mucho perdieron sus suelas.

–Como habrás podido ver, esto es recepción –explica con cierta sorna, como si sólo el humor le permitiera sobrevivir al trámite–. Esas letras grandes en la pared son el nombre de nuestra empresa, aunque supongo que ya lo sabes. Ella es una secretaria –señala–, ahí tiene un teléfono.

Clava los pies al suelo, paralelos, como una señal entre caminos que se bifurcan.

–Bien –continúa–. A partir de aquí hay unos cuantos pasillos, así que, venga, elijamos uno a ver dónde nos lleva. Por aquí vamos a...

Mientras avanzan, Aarón señala a izquierda o a derecha, siempre con la misma mano, extendida a modo de apretón sin destinatario, manteniendo la otra en el bolsillo.

–Por ahí tienes el *office*, aunque, como ya te habrás dado cuenta, todo el mundo toma café en sus despachos o por los pasillos o donde sea menos ahí. Normalmente, si vas al *office* es porque has ido a buscar a alguien que a su vez te estará buscando. Lo cual nos lleva al otro pasillo –toma un poco de aire, aprovechando la pausa en un discurso que, de tanto improvisarlo, ha acabado aprendiendo–. Por allí tienes la sala de juntas. Sí, lo sé, tal vez deberíamos reunirnos ahí, pero, oye, que una habitación tenga un nombre específico no le da su función específica. Piénsalo, ¿cuántas mujeres que se llamen Linda has conocido que realmente fueran guapas?

Aarón arquea la cabeza, pero sin cambiar la mueca hierática que dibuja su cara. Levanta entonces los hombros, dando el aspecto de un enfermo de tortícolis.